

Escuela y literatura: el arte de aprender para la vida



Resumen

Escuela y literatura: el arte de aprender para la vida, es una provocación para valorar y discernir sobre la función de la enseñanza de la literatura en la escuela de educación básica. Reflexión que se plantea como punto de partida a la literatura (placentera) como una producción de textos que ayudan al disfrute de la lectura y al goce por el entorno propio, cuya intención es el desarrollo de habilidades y capacidades comunicativas que sirvan no sólo para que los estudiantes aprendan a comunicarse, sino que les favorezca en todos los ámbitos de la vida.

Palabras claves: escuela, literatura, arte, educación, lectura.

Abstract

School and literature: The art of learning for life is a provocation to assess and discern about the role of the teaching of literature in the elementary school. Reflection that is proposed as a starting point to reading (as a pleasure) as a production of texts that helps the enjoyment of reading and the enjoyment of the own environment. This reflection intends to develop skills and communication skills that will serve not only to promote that students learn to communicate, but to promote a better conditions in all areas of their life.

Keywords: school, literature, art, education, reading.

Clarisa Capriles Lemus¹

Las reglas para escribir

En junio, me presenté al tercer año de Barbiana, para el diploma de secundaria inferior como alumno libre. El tema de la composición era: “Hablaron los vagones de ferrocarril”.

En Barbiana había aprendido que las reglas para escribir son las siguientes. Tener algo importante que decir, o que sea útil para todos o para muchos. Saber a quién se escribe. Recoger todo lo que sirve. Encontrar una lógica para ordenarlo. Quitar toda palabra que no usamos hablando. No fijarse límites de tiempo. Así escribo con mis compañeros esta carta. Así espero que mis alumnos escriban, cuando yo sea maestro.

¹ Estudiante del Doctorado en Educación UPN-Ajusco, Profesora-Investigadora de medio tiempo en la Unidad 099 Poniente, México, DF de la Universidad Pedagógica Nacional. clarisa65@hotmail.com

La sartén en sus manos

Pero ante un tema semejante, ¿de qué me servían las reglas humildes y sanas del arte de todos los tiempos? Si quería ser honesto, debía entregar la página en blanco. O bien criticar el tema y a quien lo había entregado. Pero, yo, tenía 14 años y venía de la montaña. Para entrar a la normal necesitaba ese diploma. Esa hojita de papel estaba en manos de cinco o seis personas extrañas a mi vida y a casi todo lo que amaba y sabía. Gente despreocupada que tenía la sartén por el mango. Traté, pues, de escribir como ustedes quieren. Demás está decir que no lo logré. Seguramente salieron mejor los escritos de sus señoritos, expertos en sacarle el olor a podrido al guiso de lugares comunes.

*Alumnos de Barbiana*²

² La Escuela de Barbiana, pueblecito de Vicchio en Florencia (Italia), es el símbolo de una revolución pedagógica inspirada y guiada junto con el alumnado por Lorenzo Milani (1923-1967), sacerdote incómodo para la curia florentina que fue destinado en 1954 a la parroquia de Barbiana. Dedicado con ahínco a una labor social, política y educativa despertó las iras de la sociedad italiana de su época por sus ideas y acciones contestatarias y críticas que desvelaron las contradicciones de unas instituciones religiosas y pedagógicas sumidas en un sistema imperante que perpetuaba las injusticias. En esta escuela de Barbiana, el alumnado pobre y aislado, aprendía a través del uso de múltiples recursos didácticos y técnicas que potenciaban su creatividad y el aprendizaje colectivo. Considerada durante mucho tiempo la experiencia educativa de Barbiana como marginal, en la actualidad el libro *Carta a una Maestra* (1967), firmado por ocho alumnos de esta escuela, es uno de los alegatos más contundentes contra la selección y el fracaso escolar y uno de los ejemplos más ilustrativos de cómo los sectores sociales más desfavorecidos pueden tener acceso a una educación liberadora y de calidad. Y representa un testimonio en contra de los mecanismos discriminatorios del sistema educativo, fuente de inspiración para todos aquellos que consideran que la educación, centrada en las personas, debe servir a unos objetivos humanistas.

Introducción

Hace algunos años, en una reunión de profesores en una escuela Normal, tratando de llegar a algunos acuerdos para desarrollar el nuevo modelo de educación por competencias (en la década de los noventa), se discutía la incertidumbre que generaba encontrar alumnos que llegaban al nivel de educación superior y no sabían leer ni escribir; en estos días (finalizando la primera década del 2000), en una nueva reunión de profesores de la escuela Normal, se ha vuelto a discutir sobre los desaciertos en el desarrollo de competencias lectoras y de escritura, que lejos de ayudar a alcanzar metas educativas desde los niveles de primaria y secundaria, pareciera que se han atrofiado aún más las habilidades para realizar dichas tareas y para lograr una comunicación más efectiva, pero, ¿entre quiénes? y ¿de qué forma? Esta es una preocupación constante de aquellos que nos dedicamos a perseguir metas en la educación.

El presente trabajo, no pretende ser un análisis de la literatura (infantil y juvenil) que se enseña en las escuelas, ni de lo apropiado de los textos que se eligen para conocer a los clásicos y a los contemporáneos, y tampoco de las funciones de la literatura que se enseña para que los estudiantes aprendan las reglas gramaticales propias de nuestro idioma. La finalidad es hacer una reflexión sobre la

función de la enseñanza de la literatura para promover el desarrollo de habilidades comunicativas en la educación básica. Una primera idea sobre la literatura que nos permite plantear este propósito, lleva a reconocerla no sólo como la producción de textos en forma estilizada y armoniosa, sino como una forma de goce por leer el entorno propio; es decir, la literatura como una sustancia que es expresada a través de un lenguaje singular que cada quien encuentra en su camino. Coincidiendo con esta perspectiva, se puede plantear a la literatura como una forma de escribir donde se organiza violentamente el lenguaje ordinario³; así pues, la literatura sirve para transformar e intensificar el lenguaje común, cotidiano. Si esto es posible, lo importante es pensar la enseñanza de la literatura en la educación básica como un puente que puede hacer factible el desarrollo de habilidades, aptitudes y destrezas que permitan a los estudiantes comprender el mundo (el de ellos y el de quienes los rodean) y construir mejores y más efectivas formas de comunicación.

Las competencias en la educación básica

Desde las políticas educativas contemporáneas, concretizadas en el currículum oficial de la educación básica, así como del discurso educativo

que permea toda actividad pedagógica en las aulas, es posible apreciar el manejo de una serie de conceptos que encaminan las estrategias escolares al favorecimiento de competencias que apuntan hacia un mejor manejo de habilidades comunicativas en los estudiantes. Tales competencias⁴ resaltan no sólo el conocimiento de fórmulas para el buen uso de reglas gramaticales en la comunicación, sino que también plantean la necesidad de que el aprendizaje conlleve una forma de ser y hacer, para que los sujetos aprendan a convivir y a vivir con los propios requerimientos de su entorno. De esta manera, se consigna que el manejo del lenguaje (y por consiguiente la enseñanza de la literatura y el español) debe ser para el aprendizaje permanente, para el manejo de la información, para la conducción de situaciones, para la convivencia y para la vida en sociedad⁵; competencias, todas ellas, que encierran una serie de procesos que aún hasta nuestros días ha sido difícil desarrollar. Así:

El perfil de egreso plantea un conjunto de rasgos que los estudiantes deberán mostrar al término de la educación básica, como garantía de que podrán

⁴ Se hace referencia a las competencias recuperando críticamente el discurso educativo oficial que permea a todo el Sistema Educativo Nacional. Sin embargo, dentro de este espacio, se reconoce que existen una serie de habilidades, maneras de ser, hacer, decir y representar cualidades y virtudes, que no necesariamente se desarrollan en un sentido técnico-pedagógico como por ejemplo: la bondad, el entusiasmo, la honestidad, el valor, el amor por algo, el gusto estético, etcétera. Aspectos inherentes al desarrollo del ser humano que no pueden quedar enmarcados sólo bajo una definición instrumentalista propia de los conceptos de moda.

⁵ SEP, Plan de Estudios 2009 de Educación Básica.

³ Al respecto, Jakobson maneja esta idea sobre la literatura.

desenvolverse en cualquier ámbito en el que decidan continuar su desarrollo. Dichos rasgos son el resultado de una formación que destaca la necesidad de desarrollar competencias para la vida, que además de conocimientos y habilidades incluyen actitudes y valores para enfrentar con éxito diversas tareas (SEP, 2009).

Pero, en lo particular, ¿cuáles son esas competencias que aspiramos desarrollar en los estudiantes? Los planes de estudio de educación básica señalan algunas subcompetencias o procesos que se implican, como por ejemplo: usar el lenguaje oral y escrito con claridad y fluidez, formular preguntas, emitir juicios, proporcionar puntos de vista, argumentar, buscar y seleccionar información desde diversas fuentes, interpretar y explicar, asumir y practicar la interculturalidad y trabajar en equipo; éstas son sólo algunas de las competencias implícitas en los procesos de enseñanza-aprendizaje. Sin embargo, a pesar de que existen trabajos que apuntan a coadyuvar al enriquecimiento de las estrategias psicopedagógicas para lograr mejores resultados en el desarrollo de dichas competencias, lo pertinente es preguntar ¿qué tipo de literatura puede ser más favorable a los estudiantes de nuestro nuevo contexto sociocultural?, ¿cuál debe ser la función de la literatura que se enseña en la escuela? y ¿cuál puede ser la literatura más apropiada?

Algunos trabajos de investigación refieren a teorías sobre la lectura y el conocimiento metatextual (Cfr. Hernández, 2008) y señalan a la literatura como una actividad estratégica y autorreguladora, otros como

la posibilidad de generar representaciones, como acto de transmisión/recepción de significados y algunos más como procesos subjetivo-constructivos y de metalectura. Lo cierto, es que algo central en la literatura que se enseña tiene que ver con textos de diversa índole: artística, científica, de divulgación, culturales, etc. Los resultados de algunos de esos trabajos de investigación, refieren que:

[...] un texto puede tener una función transmisiva o univocal y otra generadora o dialógica; en la transmisiva el lector se apega al significado intentado por el autor y se crean las condiciones básicas para comunicarse; en la generadora, en cambio, el significado presentado por el autor es un verdadero "pre-texto" que se completa con las aportaciones y las construcciones del lector (Hernández, 2008: 757).

Si se parte de la idea de una función generadora o dialógica de los textos, las directrices señaladas en los planes de estudio de educación básica, tanto en las asignaturas de español como de literatura: propiedades y tipos de textos, aspectos sintácticos y semánticos, conocimiento del sistema de escritura y ortografía, comprensión e interpretación, búsqueda y manejo de información y usos sociales de la lengua, pueden orientar con mayor precisión el desarrollo de competencias comunicativas, o dicho de otra manera, el desarrollo sociocultural de los sujetos, pues algo que se resalta en la orientación del currículum oficial, es su carácter funcional. El enfoque comunicativo-funcional, pone de manifiesto que los requerimientos y las intencionalidades de la educación en el nuevo contexto sociocultural, exige

ya no sólo el manejo de los aspectos formales del lenguaje, sino que es necesario que los estudiantes aprendan a hacer uso de él para aplicarlo en sus interacciones cotidianas y para comprender y actuar sobre su entorno.

La literatura que se enseña en las escuelas de educación básica, pasa entonces, a constituirse en una estrategia de desarrollo de la vida, y no en un mero elemento de carácter academicista, cuya formalidad de contenido educativo sólo sirva para el logro de propósitos inmediatos de continuidad y enlace con otros contenidos escolares. Así pues, tomando en cuenta lo que ya desde mediados del siglo XX, expusieron *Los alumnos de Barbiana*, aprender desde la literatura que se enseña en la escuela básica, además de favorecer el desarrollo de competencias comunicativas, necesita impulsar el perfeccionamiento de habilidades, destrezas y aptitudes para enfrentar la vida:

Después del diploma de Secundaria Inferior viajé a Inglaterra. Tenía 15 años. Primero trabajé con un campesino, en Canterbury. Luego con un vinatero, en Londres.

En nuestra escuela ir al extranjero equivale a los exámenes de ustedes. Pero es examen y enseñanza al mismo tiempo. Es someter la cultura a la prueba de la vida.

En fin, es un examen más severo que el de ustedes, pero por lo menos no se pierde tiempo con cosas muertas (Alumnos de Barbiana, 1975: 103).

El texto anterior, muestra una realidad que es ineludible enfrentar; es claro que el manejo de textos de literatura, sean éstos clásicos o contemporáneos, no pueden fungir como mero contenido a tratar con carácter informativo y/o normativo, como algo ajeno a la vida, a las aspiraciones y a las inquietudes de los estudiantes; lo importante para que ellos desarrollen competencias que les sean útiles, está en su carácter de confrontación y de identificación. La literatura debe pensarse entonces, unida a la gramática, como ya lo señalaban Michaus y Domínguez en su texto *El galano arte de leer*, “[...] no para enseñar a hablar sino a reflexionar sobre el hablar y, por tanto puede ayudar indirectamente a hablar mejor; es decir, a pensar y comunicarse mejor (1976: 5).

La literatura debe estar al servicio del aprendizaje para la vida; las competencias que ello implica: pensar y razonar, observar, crear, explicar, criticar, relacionar, componer, experimentar y apreciar la vida propia, deben partir del gusto por leer, por disfrutar el arte de vivir, de comprender y de comunicarse.

La enseñanza de la literatura en la escuela, necesita dirigirse a desarrollar una facultad⁶ muy importante:

⁶ En la actualidad, se ha tendido a denominar a las virtudes, a las emociones, a los afectos, así como a cualquier capacidad o facultad como competencia, negando con ello cualquier posibilidad de enriquecimiento de la vida propia y de amplitud de expectativas, pues hablar de competencias, remite necesariamente a las normas de estandarización designadas desde el mundo de la producción económica, desde el mundo

valorar la esperanza de un futuro que a partir de la imaginación de origen a una realidad que fructifique en una serie de virtudes expresivas y de convivencia.

El arte de aprender para la vida

Si se considera que la literatura se compone por la producción de textos que ayudan al disfrute de la lectura y al goce por el entorno propio, ésta, además de brindar elementos para exaltar el lenguaje ordinario, “[...] permite a las nuevas generaciones transitar las posibilidades de comprensión del mundo y disfrute de la vida” (Colomer, 2006). La literatura en este sentido, no sólo proporciona un espacio de información y de exaltación por las normas del bien hablar y el bien escribir, es decir, las formalidades de la gramática, la sintáctica y la semántica, sino que también, favorece la formación de criterio para comprender nuestro mundo circundante. Es aquí donde la literatura puede situarse como un arte para la vida, como ya lo señalaba Ermilo Abreu Gómez, “[. . .] debemos cultivar el arte de leer. Pero en este caso nos referimos a la lectura placentera, a la que lleva consigo manantial de belleza” (Michaus y Domínguez, 1976: 21), pues como menciona en su libro *Canek*, “La palabra viene de la conciencia [...]”, y así, la conciencia tiene que ver con una idea amplia

laboral, etiquetado y globalizado para responder a un orden finito y mecánico al estilo de los hombres grises de la novela *Momo* de Michael Ende.

de la vida, con una persuasión de lo suntuoso que permite apreciar, disfrutar e interpretar lo que nos rodea; esto sólo es posible cuando se percibe lo que se lee como algo vivo y significativo, y depende de las experiencias, las aptitudes y gustos personales, encontrar la oportunidad de sentir agrado e interés y formarse juicios propios. Un ejemplo de esto, lo encontramos con la obra *El diario de los escritores de la libertad* de Erin Gruwell, donde a partir de la confrontación de las historias particulares de los personajes (quienes son estudiantes) y sus historias sociales de discriminación, disgregación, pandillerismo, rebeldía, con cierto tipo de literatura elegida por su maestra (como *El diario de Ana Frank*), ellos aprenden a encontrar similitud en sus historias de lucha y desahogo a sus circunstancias de pobreza, logrando con ello no sólo una identificación, sino también el descubrimiento de una posibilidad de comunicación y de enlace entre sus acontecimientos particulares y las de otros jóvenes de un momento histórico diferente al de ellos, pero semejante, al encontrar en la escritura, en el discurso de sus experiencias, una vía de comprensión y apropiación de sus miedos y sus anhelos. Pero esto sólo fue posible a partir de una estrategia de lectura de historias de vida, donde el sentido, la semejanza y la vulnerabilidad, trascendían la escritura⁷.

⁷ Cabe recuperar aquí las palabras de Barthes cuando señala que “[. . .] la escritura está entonces encargada de unir con un solo trazo la realidad de los actos y la idealidad de los fines”

Esta experiencia es una muestra de hacer florecer la afición por la lectura, de que los estudiantes encuentren cosas vivas en la escritura, de leer apreciando el arte de vivir como una forma de ir y venir por el camino del saber. Es aquí, donde competencias, virtudes y/o facultades, logran desarrollarse aprendiendo a dotar de un significado mágico a la lectura que más adelante desembocará en aspectos racionales a su cultura.

Pero, ¿cómo enseñar esto en la escuela de educación básica? Muchas pueden ser las estrategias, aunque no existen recetas ni fórmulas, algo que es ineludible es que los estudiantes sientan el deseo de aprender a leer, pero desde un deseo interior, interno; aprender a leer textos y contextos (como ya el propio Paulo Freire lo señalaba), para después encontrar el sentido por leer el mundo y ampliar la cultura, para ello es necesario considerar que:

Lo que se necesita para hacer que el niño desee aprender a leer no es el conocimiento de la utilidad práctica de la lectura, sino la firme creencia de que saber leer abrirá ante él un mundo de experiencias maravillosas, le permitirá despojarse de su ignorancia, comprender el mundo y ser dueño de su destino. Porque es la fe la que enciende la imaginación y nos da fuerza para emprender las tareas más difíciles, aunque de momento uno no entienda cómo, por ejemplo, la lectura puede proporcionarle todas estas oportunidades maravillosas (Bettelheim y Zelan, 1990: 56).

(1978: 27). La escritura como acto de solidaridad histórica, como parte de la lengua que permite la creación literaria.

Así, tener el deseo de leer, y aprender a hacerlo, se convierte en el primer paso en el complejo camino de entender, apreciar y confrontar lo propio con lo de otros, entablando un lenguaje común de paralelismos y de logros. Las andanzas por el mundo de la literatura, facilitan el acceso y la creación de significados; cuando se lee se identifican signos que más allá de sus convencionalidades, permiten el acercamiento a experiencias de otros, a culturas diferentes a la nuestra, a situaciones y contextos que lejos de parecernos ajenos, nos ayudan a estructurar nuestra percepción de los hechos y de las cosas y a redimensionar el sentido de nuestra vida.

De esta forma, leer es aprender, y como señala Mortimer Adler, “Cuando leemos para informarnos, obtenemos hechos. Cuando leemos para entender, no solamente aprendemos hechos sino también su significado” (Ladrón de Guevara, 1985: 58). Entonces, la enseñanza de la literatura debe proporcionar las herramientas para leer, para encontrar un significado profundo en términos de la vida personal. Este ejercicio nos vincula con la memoria social, colectiva, del entorno al que pertenecemos, y nos faculta para conocer y comprender los conocimientos generados a través de la historia en todos los ámbitos de nuestro ser y hacer; nos hace hábiles para seguir valores, recrearlos y transformarlos. Si ésta es la función de la enseñanza de la literatura en la escuela, ¿qué es lo que ha fallado?, ¿cómo podemos incitar a nuestros

estudiantes a explorar el mundo de la lectura, de los textos con gusto?

El problema básico estriba en que los maestros, aunque no creen que saber leer sea sinónimo de entender lo que se lee, sí creen que lo primero conducirá necesariamente a lo segundo. Esto plantea de nuevo la cuestión de en qué consiste saber leer. El Shorter Oxford English Dictionary ilustra el concepto «literate» por medio de la siguiente cita: «entender... con alguna lectura [literate diversion] el tedioso transcurrir de los días» (Bettelheim y Zelan, 1990: 29).

La cita anterior invita a darle un sentido a los textos, a leerlos como una travesía donde se pongan en juego todos los sentidos, pues el texto se convierte en la máxima expresión de presencias y ausencias cuya función se sitúa en el ámbito del goce que anula la distancia con el lenguaje. Así, leer se torna en un vínculo entre el sujeto y la palabra, en una relación del sujeto consigo mismo. El texto entonces, no sólo es una producción lingüística en un sentido formal, sino que pasa a ser una creación y un vínculo entre el tejido de la lengua y la presencia del “yo” que adquiere significados. Nos referimos aquí a un sistema de significados que “[...] incluye también pensamientos preconcientes e inconscientes. Un texto que pulsa un sistema de significados, por lo tanto, despierta reacciones en más de un nivel de conciencia” (Bettelheim y Zelan, 1990: 75).

Es palabra, texto, lectura y literatura, una mágica combinación donde los estudiantes pueden encontrar un sentido, pueden aprender a hablar, porque ello

ayuda a comunicar; es decir, aprender a hacer uso de la palabra, darle un sentido dentro de un texto, leer como una forma de interpretación e identificación, valerse de la literatura para trascender lo que se habla, sin duda, ello lleva a estructurar la lengua, pues es la literatura una estrategia de aprendizaje y de vida, que provee de modelos verbales que surgen de la tradición y que permite poner al descubierto un sinfín de expresiones a través de un lenguaje único que refleja las glorias y agonías del espíritu.

El estudio de la literatura como arte de aprender para la vida, se torna en un espacio y en un tiempo de deseos, de apropiaciones y confrontaciones, que requiere de identificación con lo que se lee, con la palabra, pero sobre todo, con las imágenes que provoca; es una condensación de la escritura de lo que se quiere hablar⁸.

Las competencias, las virtudes y/o facultades que la educación básica quiere desarrollar, no pueden encerrarse sólo en las habilidades técnicas del habla académica; la literatura necesita servirse de expresiones mundanas y estéticas, grotescas y refinadas, para llenar las necesidades del espíritu. Su

⁸ Cfr. Barthes, R. (1978). El grado cero de la escritura. Obra en la que vincula directamente a la escritura con el lenguaje, cuya materialidad es posible a partir de la unión de dos categorías indisolubles: lengua/habla; donde también señala, respecto a la escritura literaria, que ésta “[...] es un acto humano que liga la creación a la Historia o a la existencia”. Así, lo que se quiere hablar, no es un acto o una intención personal, particular, sino una necesidad y una posibilidad social, propia del conjunto que se comunica.

medio es el lenguaje, se vale de la palabra para transmitir y compartir de forma espectacular una historia cargada de existencias. Por ello, la literatura como expresión suntuosa, que trasciende el lenguaje ordinario, hace gala de la palabra, y ésta fructifica en un lenguaje enaltecedor la posibilidad de un cúmulo de experiencias que pueden ser compartidas:

Cada palabra poética es así un objeto inesperado, caja de Pandora de la que salen todas las categorías del lenguaje; es producido y consumido con particular curiosidad, especie de gula sagrada (Barthes, 1978: 53).

La literatura que se enseña en la escuela, como el arte de aprender para la vida, necesita empeñarse en dotar de herramientas a los lectores, para encontrar en ella expresiones, situaciones, experiencias de identificación, de incitación a hacer uso de la palabra, para producir un habla enriquecedora que nos ayude a convivir y a enfrentar los requerimientos del entorno.

Cerrando filas

Las preguntas expuestas a lo largo de este trabajo, son sólo una provocación para valorar y discernir sobre la función e intencionalidad de la enseñanza de la literatura en la educación básica. Una constante que nos es posible observar a quienes nos dedicamos a la docencia (cualquiera que sea el nivel educativo), es la dificultad que enfrentan los estudiantes para

poder expresarse, no sólo de manera oral, sino también en forma escrita, sumando a ello una extremada pobreza de vocabulario y una profunda incapacidad para comprender las circunstancias y los requerimientos de su entorno.

Frente a esta situación, hay quienes defienden la idea de que los estudiantes primero aprendan a escribir o a hablar, antes que leer; contrariamente, en esta reflexión lo que se apunta es la necesidad de que los estudiantes lean, se acerquen a la literatura (placentera como lo refiere Ermilo Abreu Gómez), no para aprender a emplear normativamente los asuntos estructurales del lenguaje, sino para aprender a apreciar y a reflexionar sobre su propia lengua y con ello, desembocar en una lluvia de habilidades y destrezas (competencias como el discurso moderno lo refiere) que les permitan interpretar, explicar, formular preguntas, emitir juicios, proporcionar puntos de vista; habilidades y destrezas que necesariamente les llevarán a estructurar su conciencia y redundará en beneficios de la comunicación. Quizá esto pueda hacer que, la tan nombrada *brecha generacional*, se diluya y se vuelva más acertada la identidad en los usos sociales de la lengua.

La apuesta que esta reflexión conlleva, no desdeña la importancia y el valor artístico y lingüístico que las obras literarias clásicas representan; sin embargo, una de las riquezas que la producción literaria

contemporánea aporta se sitúa en la posibilidad de ofrecer a los estudiantes escenas y episodios, así como expresiones más cercanas a sus experiencias, simultáneamente la facilidad de acceder a lenguajes que les sean más familiares y acontecimientos más directamente relacionados con sus contextos. Un ejemplo de esto lo podemos encontrar en textos como *Cuando Hitler robó el conejo rosa* de Judith Kerr, que al igual que *El diario de los escritores de la libertad* de Erin Gruwell, propicia el interés de los jóvenes por conocer sobre la vida de los judíos y las circunstancias sociohistóricas que enfrentaron⁹; otro ejemplo más, aunque en un giro de acontecimientos diferentes y un estilo literario distinto, encontramos textos como *Crepúsculo, Eclipse y Luna nueva* de Stephanie Mayer, que plantea el tipo de relaciones sociales y las formas de interacción que se ponen en juego entre la juventud moderna. Otro más, lo encontramos con la obra de Elisabetta Gnone *Fairy Oak*, que plantea historias de jóvenes intrépidos y aventuras inauditas que propician el despliegue de la

⁹ Una mirada rápida por los acontecimientos sociopolíticos y culturales actuales, podría equiparar la persecución, violencia y matanza de los judíos en el siglo XX, con los actos criminales y la discriminación que a nivel mundial se vive con los indocumentados, los inmigrantes y las circunstancias de racismo, así como los efectos devastadores de las guerras entre los países del Medio Oriente: Afganistán, Iraq, Paquistán, entre otros. Asimismo, podrían sumarse los efectos derivados de la famosa lucha contra el narcotráfico, que ha generado no sólo la muerte de muchas personas (civiles, militares, policías y delincuentes) sino también resultados devastadores en cuanto a la certidumbre y paz social. Todos estos son acontecimientos que no son ajenos al contexto y a la historia de nuestros jóvenes estudiantes, y es precisamente a partir de la literatura que pueden encontrar formas alternativas para comprender e interpretar su vida y lo que sucede en su mundo circundante.

imaginación y la inquietud por contar historias personales.

Aunque estos son sólo algunos ejemplos de la literatura moderna a la que los estudiantes de la escuela contemporánea se han acercado, no puede dejar de destacarse el papel trascendente que tienen algunos clásicos que también contribuyen a su formación, como son: *Alicia en el país de las maravillas* de Lewis Carroll, quien a partir de un mundo mágico cargado de personajes ficticios logra introducir a los jóvenes en juegos de lógica que les permitirán enfrentar diferentes circunstancias en su vida; *El Principito* de Saint-Exupéry, que expone de manera bastante sencilla y creativa los valores esenciales del humanismo. Por supuesto, una de las obras clásicas de exaltación al amor romántico y que por lo mismo vigente en todos los tiempos, *Romeo y Julieta* de William Shakespeare, que expone la historia de amor de dos jóvenes cuya tragedia sublima la crisis emocional y moral propia de los adolescentes enamorados.

Todos estos ejemplos, son sólo una muestra de la infinidad de posibilidades que se pueden encontrar desde la idea de la lectura placentera, que puede favorecer la reflexión sobre la lengua y redimensionar las posibilidades de la comunicación, amén de la serie de habilidades y destrezas que puede beneficiar cuando se aprovechan las bondades de la literatura. Pero ésta, por sí sola no puede

desencadenar el desarrollo de dichas habilidades, la escuela necesita plantear estrategias que incentiven el gusto por la lectura, y desde luego, hacer una selección animosa de textos que redunden en identificación y apego a los mensajes que exponen.

La pregunta realizada sobre ¿qué tipo de literatura puede ser la más acertada para los estudiantes de nuestro nuevo contexto sociocultural? seguramente puede encontrar muchas aristas, pero una veta importante para dar respuesta a esta necesidad más que pregunta, sería, tener la claridad de cuáles son las aptitudes y facultades de nuestros estudiantes, así como la certeza de lo que deseamos desarrollar en ellos desde las aulas. Tal vez la selección ideal del tipo de literatura no deba responder de manera imperiosa a criterios de orden histórico, ni mucho menos a formalidades de la lengua, sino partir de las potencialidades e intereses de los propios estudiantes.

Finalmente, recuperando la belleza que la literatura misma plantea, baste recordar uno de los poemas que hace exaltación a la riqueza de los textos a los que aquí hemos hecho referencia:

Libros

Libros, arcos de ensueño; libros, flor de la vida consciente; cofres místicos que custodian el pensamiento humano; nidos trémulos de alas poderosas, audaces e invisibles; atmósfera de las almas; intimidad celeste y escondida de los altos espíritus.

Libros, hojas de árbol de la ciencia; libros, espiga de oro que fecundara el verbo desde el caos libros en que ya empieza desde el tiempo el milagro de la inmortalidad; libros (los del poeta) que estáis, como los bosques, poblados de gorjeos, de perfumes rumor de frondas y correr de agua; que estáis llenos, como las catedrales de símbolos de dioses y de arcanos.

Libros, depositarios de la herencia misma del universo; antorchas en que arden las ideas eternas e inexhaustas; cajas sonoras donde custodiados están todos los ritmos que en la infancia del mundo las musas revelaron a los hombres.

Libros, que sois un ala (amor la otra) de las dos que el anhelo necesita para llegar a la Verdad sin mancha.

Libros, ¡ay! sin los cuales no podemos vivir: sed siempre, siempre, los tácitos amigos de mis días.

Y vosotros, aquellos que me disteis el consuelo y la luz de los filósofos, las excelsas doctrinas que son salud y vida y esperanza, servidle de piadosos cabezales, a mi sueño en la noche que se acerca.

Amado Nervo

Bibliografía

Alumnos de Barbiana (1975), *Carta a una profesora*, México: Ediciones de Cultura Popular.

Álvarez, M. E. (1980), *Literatura Mexicana e Hispanoamericana*, México: Porrúa.

Barthes, R. (1978), *El grado cero de la escritura*, México: Siglo XXI.

----- (2009), *La aventura semiológica*, Barcelona: Paidós.

Bettelheim, B. y K. Zelan (1990), *Aprender a leer*, México: Grijalbo.

Colomer, T. (2006), *Andar entre libros: la lectura literaria en la escuela*, México: Fondo de Cultura Económica.

Hernández, G. (2008), "Teorías implícitas de lectura y conocimiento metatextual", *Revista Mexicana de Investigación Educativa*, XIII (38), pp. 737-771.

Ladrón de Guevara, M. (1985), *La lectura*, México: SEP y Ediciones El Caballito.

Michaus, M. y J. Domínguez (1976), *El galano arte de leer*, México: Trillas.

Nervo, A. (1987), *Antología poética e ideario de Amado Nervo*, México: Editores Mexicanos Unidos.